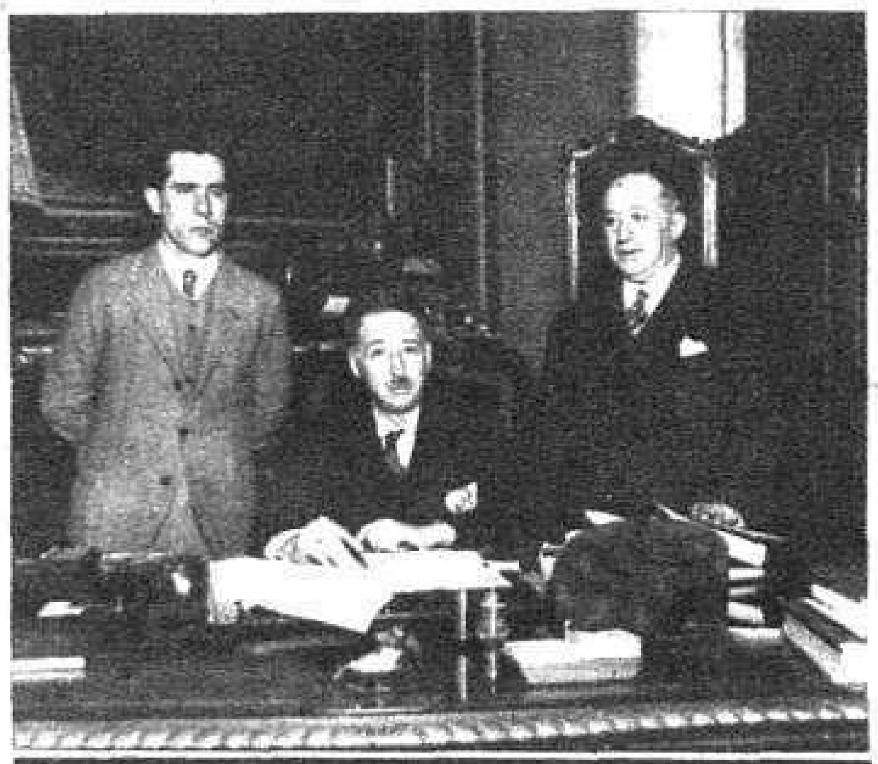
Miércoles, 27 de Octubre de 1937

mundo gráfico

AÑO XXVII
Número 1356
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

40 céntimos



Abril de 1931. Companys, primer gobernador civil de Barcelona en la República

En un acto oficial, con el primer presidente de la Generalidad, don Francisco Maciá

Con don Manuel Azaña, en Barcelona

COMPANYS

La vida intensa e inquieta del hombre que quería dejar la Presidencia de Cataluña

Horas de la vida del político catalán

De deportado en La Mola a presidente de la Generalidad

La figura de Luis Companys ha cobrado en estos días una más viva actualidad, dentro de la actualidad constante que tienen siempre las figuras de su relieve político. Ese interés actual se lo han dado su propósito de abandonar la Presidencia de la Generalidad, y su estancia en Valencia, y sus palabras a través de la Radio. Una vez más, la figura y la vida de Luis Companys atraen sobre sí las miradas españolas. Primer plano de la vida política, Companys ha visto centrarse sobre él en estos días el interés popular.

Cataluña, a través de sus órganos de expresión, ha pedido que su presidente no abandone el cargo en que ha sabido vivir y afrontar horas de emoción y de responsabilidad.

Vida intensa y apasionante la de este hombre, que hoy ve ratificada ante él la confianza popular. Sus días forman un verdadero film, con escenas de fuerte dramatismo, de una emoción cierta y patética. Es, primero, su época de lucha en Barcelona, sus días combativos y duros. Son los tiempos de las más violentas luchas sindicalistas, cuando un día y otro la sangre teñía de rojo las piedras de Barcelona.

Postguerra, esperanza ingenua—Versalles—en una mejor organización del mundo; incendio de la Revolución rusa, que hace prender en los ensueños proletarios de todos los países el deseo de una definitiva justicia social. En la Barcelona ensangrentada de aquellos años, Luis Companys—y con él Juan Casanovas—es para los sindicalistas amigo, y abogado, y consejero, y defensor. Por ellos se juega la vida muchas veces. Por ellos sufre persecución y cárcel. En su despacho de abogado modesto trabaja día y noche, febrilmente, por los hermanos que a aquellas horas padecen en la prisión.

El 30 de Noviembre de 1920 caía Francisco Layret en las calles de Barcelona. Ese mismo día salía deportado para el castillo de La Mola Luis Companys. Iban con él Salvador Seguí, Martín Barrera, Salvador Pascual, Francisco Arín, Francisco Comas, otros muchos...

Vida de lucha obstinada e inquieta hasta 1931. Entonces, la figura que había tenido que mantenerse en penumbra, en un zig-zag de sobresaltos y peligros, pasa a un primer plano de triunfo. Luis Companys es el primer gobernador civil de Barcelona bajo la República. Después, ministro de Marina. Más tarde, cuando se extingue la vida de Maciá, es él quien recoge todo el fervor emocionado de Cataluña, toda la profunda devoción sentimental de aquél.

Ya es el presidente de la Generalidad Luis Companys. Los sucesos de Octubre. Aquella noche intensa del día 6, de las palabras ante la Radio... La prisión. Ossorio defiende a Companys en Madrid. La condena. Companys viste el traje de presidiario en el Penal del Puerto de Santa María. Las elecciones de Febrero. Luis Companys, ya en libertad, viene a Madrid y emprende su regreso triunfal a Cataluña. Otra vez en el Palacio, señor de la Generalidad.

Y la guerra, a los pocos meses, con todo su terrible dramatismo. Ya más de un año de lucha. Y siempre en su puesto Luis Companys. El deportado de 1920, el condenado de 1934. El que ahora ha hablado de dejar la Presidencia de Cataluña y ha visto, una vez más, ratificada ante sí la adhesión fervorosa de su pueblo.

En el Penal del Puerto de Santa María

La guerra. Besando a un chiquillo evacuado de Madrid

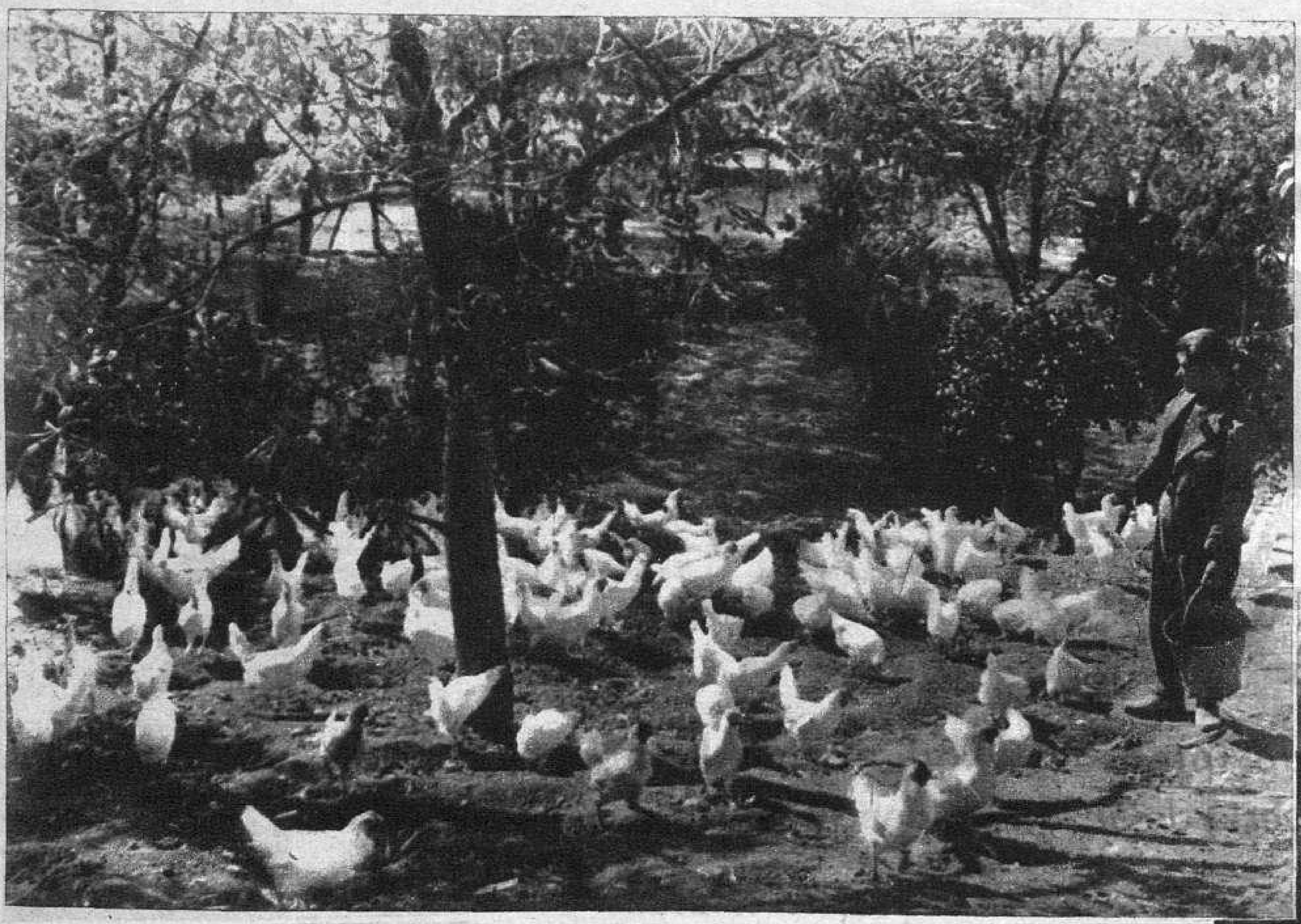
La guerra. La visita a los heridos del frente

Hablando por radio al pueblo en la noche del 6 de Octubre

En la cárcel de Madrid, después del movimiento de Octubre

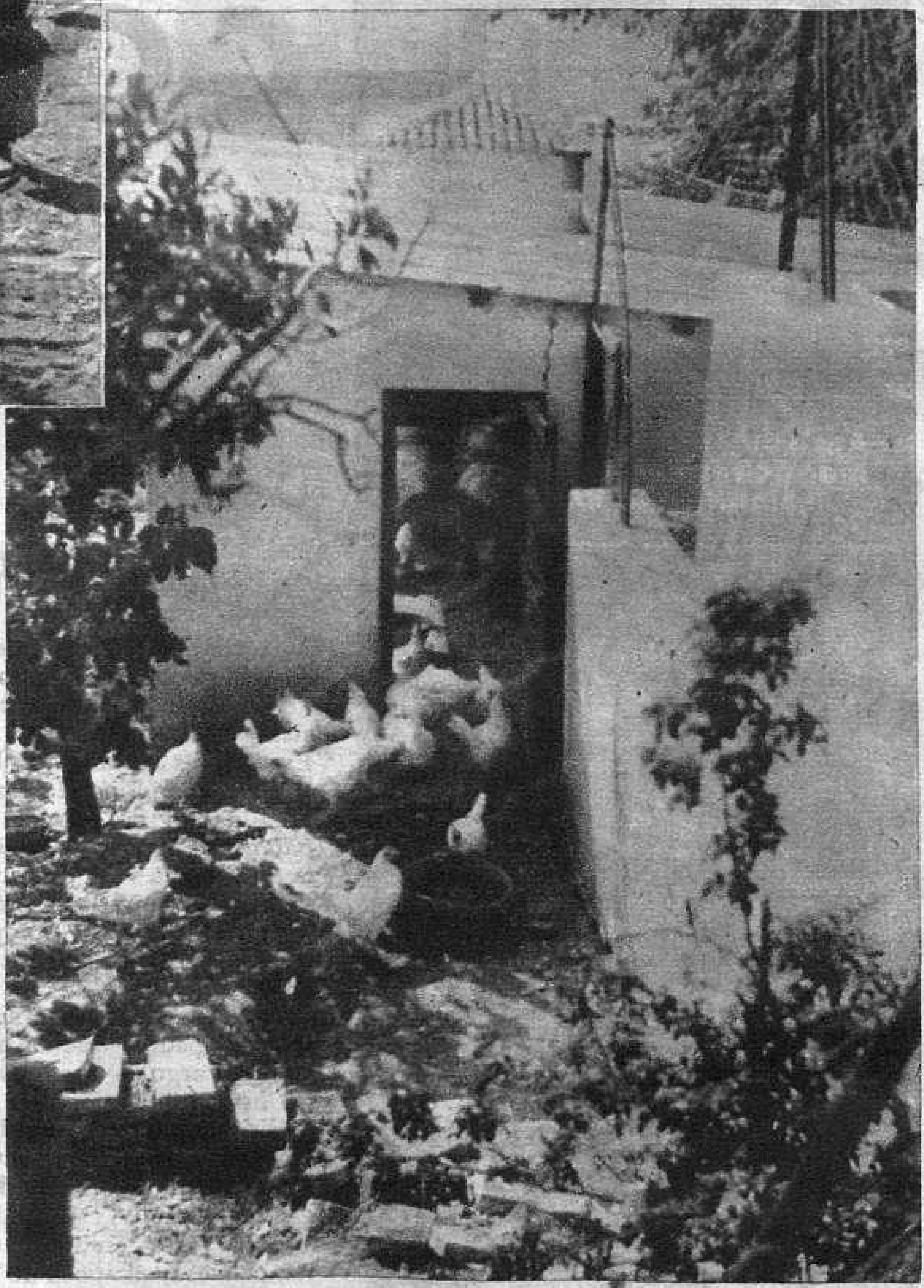
La guerra. Probando el rancho de los combatientes

La salida del Penal del Puerto de Santa María, tras el triunfo del 16 de Febrero

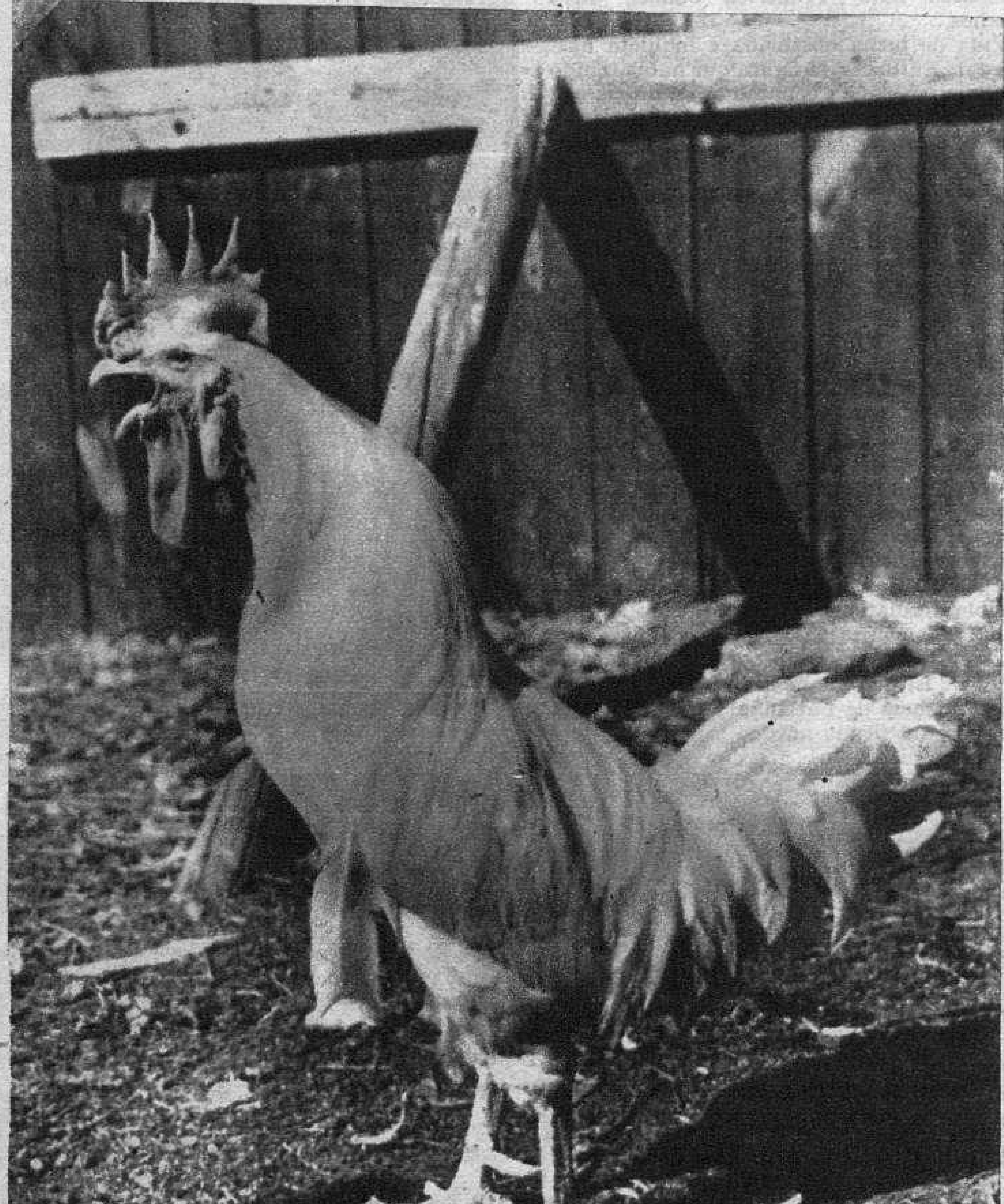


A nuestros lectores

La escasez de papel pone a nuestra revista en el trance de tener que reducir el número de sus páginas. Esta reducción—que esperamos sea transitoria—es la única y forzosa fórmula para que MUNDO GRAFICO no interrumpa su contacto con el público. Nuestros lectores, que conocen por el resto de los periódicos de Madrid la realidad de este problema del papel, comprenderán y disculparán la limitación que a nuestra revista imponen las circunstancias. En cuanto el problema pueda resolverse o atenuarse, MUNDO GRAFICO compensará a su público ofreciéndole el mayor número de páginas que sea posible



En Madrid hay una granja avícola con más de ochocientas gallinas de raza para la reproducción de la especie



Centenares de aves escogidas son destinadas en esta granja para la reproducción de la especie y al mejoramiento de la alimentación de heridos y enfermos en los hospitales de Madrid
(Fots. Videa)

Desde la granja avícola—Madrid, bajo los obuses, en un primer plano inmediato para la mirada—es fácil a la imaginación reconstituir arcádicas estampas de paz inesperadas.

Todavía no se borraron del todo en algunas esquinas madrileñas aquellos carteles, iluminados por un grave sentimiento de la responsabilidad revolucionaria, con que a la voracidad popular, que iba tomándose el desquite de tantos ayunos, se advertía de la amenaza del hambre del mañana por el hartazgo de hoy.

Fué cuando la gula del pueblo, que no era más que estrictas necesidades insatisfechas atrasadas, entró, devoradora, en los poblados avícolas, y en los almacenes de carnes en conserva, y en los establos de ganado vacuno, con una prisa de comer que, en circunstancias de difícil reposición de las reservas, pudo llegar a poner en peligro el abastecimiento de un porvenir próximo y aun la repoblación animal.

Entonces había aquí más de mil quinientas aves, que pronto fueron solamente mil doscientas; y luego, mil ciento; y luego, mil... Y todavía menos, después.

—Todas—dice uno de los conservadores de la granja—de raza Leghorn, seleccionadas entre los mejores ejemplares, de adquisición tenaz y costosa. Pollos pagados hasta a cincuenta duros, disputados en puja terca a los avicultores más escrupulosos y expertos. ¡Era un dolor ver cómo, irreflexivamente, las gentes que tanto tiempo habían mirado con envidia justa los platos abundantes y sabrosos que una ilegítima distribución de la riqueza les negara, caían sobre estas aves con un ímpetu imposible de refrenar! Hasta que la revolución pudo expresar su contenido de responsabilidad.

La vocación profesional pudo entonces en el propietario más que su sentimiento de propiedad y que sus particulares intereses. El, antes que un especulador industrial, era un técnico. Antes que un comerciante, era un idealista de la avicultura. Para él, cada una de aquellas aves tenía un valor de procreación que iba anulándose rápidamente. Y fueron responsables revolucionarios, con las cifras más avanzadas de la revolución en el rojo y negro de sus colores de lucha; hombres confederales de las trincheras y de la retaguardia, los que recibieron, como donación para el futuro, que sólo podía significar ante el porvenir español como un depósito, aquella granja, que aun se conserva, y que, frente a la guerra ruidosa y terrible, rehace fácilmente para nuestra mirada imágenes de paz inefable.

—En la actualidad hay aquí hasta ochocientas noventa aves, de raza Leghorn, cuidadosamente escogidas y protegidas convenientemente, sometidas a un régimen facultativo, cuyo producto, sin peligro para la repoblación, se destina exclusivamente al mejoramiento de la alimentación de heridos y enfermos en hospitales militares de Madrid.

Una incubadora, con capacidad para dos mil ochocientos huevos, promete multiplicar rápidamente la actual población de la granja, bajo una vigilancia competente, que los favorecidos con la donación han creído ventajoso mantener al frente de aquella explotación avícola.

Acaso, en esta época de duras abstinencias, con un régimen prohibitivo de cualquier sacrificio, que puede parecer excesivamente riguroso, pero que cumple mejor a estas horas revolucionarias. Y que asegura a la avicultura, a la hora en que la revolución haya de recoger cosechas, una próvida recolección.

José ROMERO CUESTA

Efemérides madrileñas

El "internacional desconocido"

ENTRE las brumas del otoño londinense, los cautos varones del Comité de no intervención discuten la problemática retirada de los combatientes extranjeros en la guerra de España, confundiendo, con sesuda arbitrariedad, a los auténticos voluntarios con los «involuntarios» contingentes del fascismo invasor.

Mientras Madrid se dispone a conmemorar, en una especie de tácito autohomenaje, el aniversario de los días más dramáticos—y también más gloriosos—de toda su historia: aquellas fechas finales de Octubre y primeras de Noviembre de 1936, en que el enemigo llegaba a las puertas de la capital de la República. Un horizonte de incendios bajo un trueno constante de metralla: barricadas ingenuas, donde cantaba, desmelenada, la musa popular, y trincheras rudimentarias, cavadas febrilmente en una sola noche. En las fachadas de los suburbios, escoriadas a tiros, gritaba la policromía de los carteles el «¡No pararán!», como un alarido de desolación y de muerte, y a la puerta de los templos, convertidos en hospitales de sangre, descargaban las ambulancias su palpitante carga, erizada de dolor, mientras estremecía el aire un bordoneo de motores extranjeros.

El Madrid vibrante de aquellos días presenció entonces el desfile de un tropel silencioso y ceñudo, que tenía, sin embargo, un aire dinámico, juvenil y decidido. Venían en grupos no muy copiosos, de las alturas de la Sierra, de las ciudades costeras de Levante, de las llanadas toledanas, de los riscos aragoneses... Eran los hombres de la Brigada Internacional, los de la leva espontánea que se hiciera cuando en todos los ámbitos del mundo sonó el grito doloroso de la España popular atropellada.

Eran rusos, belgas, polacos, americanos, italianos, ingleses, franceses...

No importaba su número menguado, ni su hetereogeneidad. Traían el aliento de todos los grandes ímpetus humanos. No eran una grey, ni siquiera una tropa. Los había juntado sobre la tierra candente y sangrienta de España un impulso espontáneo de fraternidad con el dolor, un impulso romántico de solidaridad con el más débil.

Cruzaron la ciudad entenebrecida y acribillada, y allá fueron, a los arrabales amenazados, entre ruinas de hogares proletarios, y a los encinares próceres de la Casa de Campo. Sonaron voces extrañas entre los muros dormidos de los suburbios y entre la hojarasca color de acero de la posesión que fué gaje exclusivo de la realeza.

Las Milicias españolas, improvisadas en el ardor frenético de la lucha, peleaban leoninamente, en condiciones de inferioridad material, que el heroísmo no bastaba a compensar. Se batía el hombre del pueblo, mal armado, sin técnica ni eficiencia, contra un enemigo abrumadoramente superior.

«Las Milicias—dijo entonces Jaime Menéndez, sagaz cronista de nuestra guerra—saben morir, pero no saben guerrear.»

Los hombres internacionales, aquellos que en los días más trágicos se atrincheraron en las casucas de Usera y se esparcieron entre las encinas de la Casa de Campo, fueron nuestros primeros maestros en el arte de guerrear. Eran los disconformes, los rebeldes, los luchadores tenaces de todas las latitudes... Muchos de ellos, sintiendo antaño, como ahora, el odio al despotismo, habían peleado durante la guerra europea en las campiñas asoladas de Francia. Sabían pelear; tenían, con el heroísmo estoico del supremo renunciamiento, el arte, la maña y la costumbre de la guerra.

Para nuestras Milicias fueron el ejemplo y la lección. Sabían pegarse a la tierra durante los bombardeos trágicos, confundirse con el ocre del campo, permanecer inmóviles durante horas, dando la sensación del silencio indefenso. Pero cuando el enemigo, creyendo desierto el terreno asolado por el ametrallamiento científico, quería avanzar, allí seguía la muralla de pechos erizada de fusiles.

Los veteranos daban el ejemplo a los bisoños. La bala de un obús abría un cráter en la tierra lisa. En seguida, un hombre, deslizándose como un reptil, iba a ocupar el alvéolo recién hecho, que se convertía en parapeto inexpugnable. La guerra, así, fué cambiando de aspecto. De una lucha de guerrilleros ingenuos se hizo pugna de soldados que conocían su oficio.

Se mezclaron con nuestros milicianos, a las puertas mismas de Madrid, los veteranos de todas las luchas proletarias, los revolucionarios de historia internacional, figuras ilustres, intelectuales, artistas, pensadores, de todos los climas. Los André Marty, los Kleber, los Gallo, Di Bono, Regler, Beimler, Ludwig Renn... La conciencia democrática y proletaria del mundo se ponía en pie contra el fascismo invasor de España. Y el tesoro espiritual que Madrid significaba para el mundo que ama la libertad se salvó en aquellos días en que detrás de las barricadas ingenuas y las trincheras rudimentarias, las mujeres rugían y los hombres apretaban el fusil, y la musa multitudinaria gritaba en las fachadas, leprosas de disparos, la consigna frenética: «¡No pasarán!»

Nos llegó de fuera el mejor y más útil ejemplo. De estímulos no habíamos necesidad. Se sabía morir. No se sabía guerrear. La conmemoración de la defensa de Madrid es un tácito homenaje a quienes nos enseñaron a pelear: los internacionales, los auténticos voluntarios.

Cuando en Madrid, sede espiritual del mejor heroísmo, flameen los gallardetes de la victoria decisiva, con bronce de sus cañones ya inútiles; con cobre, noblemente sucio, de la calderilla de su pobreza, habrá que fundir, para colocarlo entre las encinas de la Casa de Campo, el monumento al «internacional desconocido» que peleó con nosotros en aquellos días trágicos de Octubre y Noviembre de 1936.

JUAN FERRAGUT

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

¿Qué tienes?

FUÉ después de la victoriosa toma de Brihuega, cuando todavía estábamos recogiendo el copioso botín de armas y municiones que abandonaron en su huída las tropas italianas. Uno de nuestros compañeros, un muchacho andaluz, que por cierto se había portado muy bien en los combates de aquellos días, al saber que el comandante médico estaba pasando revista para inspeccionar el estado sanitario de las tropas, se presentó a reconocimiento.

El muchacho había peleado varios días, sin sufrir, por fortuna, el menor rasguño, y su aspecto alegre y fuerte no justificaba el menor síntoma de enfermedad ni de cansancio.

Tocóle su turno en el reconocimiento, y él se presentó tranquilo, sonriente. No había más que verlo para asegurar que rebosaba salud y vigor.

—Y tú, ¿qué tienes?—le preguntó, con cierta extrañeza, el comandante.

Y el muchacho, muy decidido, contestó con gran naturalidad:

— Pues yo tengo... Tengo ochocientas pesetas ahorradas, y quisiera un permiso para ir a gastármelas antes de que vuelva a armarse «un bollo» como el de estos días... y me toque «palmar».

Hizo gracia la franca respuesta. Y como además el muchacho se había portado muy bien y llevaba varios meses en el frente sin disfrutar ningún descanso, se le concedió el permiso que deseaba.

La broma del camarada tenía, sin duda, un sentido de presentimiento. Porque ocho días después, cuando volvió, se armó, en efecto, «un bollo», durante una pequeña operación de descubierta, y el alegre muchacho fué el primero en caer para siempre.—EPIFANIO RODRÍGUEZ CRUZ. *Frente de Guadalajara.*»

Postre bien elegido

«Habíamos encontrado al paso un huertecillo abandonado. Apenas quedaban cuatro o cinco manzanas en un árbol, que yo iba a coger, cuando me llamó la atención una hermosísima col, un magnífico ejemplar olvidado, seguramente, por el hortelano. Ni que decir tiene que me apresuré a cortarla, mientras otro compañero trepaba al manzano y cogía las frutas, que se guardó, como un tesoro, en el macuto.

Yo marchaba con mi col, tan grande que apenas podía abarcarla y sujetarla contra el pecho con mi brazo izquierdo. Pesaba bastante; pero bien valía la molestia el pensar en el gusto de la rica ensalada que podría saborear de postre.

Ibamos esparcidos, con ciertas precauciones, porque nos aproximábamos a la línea de fuego. De pronto se inició un tiroteo, y apenas habían sonado los primeros disparos, cuando sentí que la col, que, como ya he dicho, llevaba sujeta contra el pecho, se me escapó y cayó rodando por el suelo. Me apresuré a recogerla y vi que estaba chamuscada en su centro. Una bala perdida que, ya con poca fuerza, se le incrustró en el cogollo, había sido la causa de su caída... y me había salvado de ser herido en el pecho. En la guerra, hasta para elegir postre hay que tener suerte; porque si yo aquel día llegó a preferir las manzanas a la col, seguramente ahora no podría contar esta anécdota a los camaradas de MUNDO GRÁFICO. — BUENAVENTURA SÁNCHEZ.»

Buena prueba

«Al tomar las fuerzas del Ejército republicano las primeras casas de Belchite nos encontramos con que en cuevas y sótanos había refugiados muchas mujeres y niños, que tenían en los rostros reflejadas las impresiones de los recientes combates.

Cumpliendo órdenes del Mando, nuestra primera ocupación fué poner en salvo a toda la población civil, en previsión de que, como ocurrió luego, la aviación facciosa quisiera vengar su derrota de tierra ensañándose bárbaramente con el pueblo.

Recogimos rápidamente a todos los paisanos, para llevarles a sitios seguros de la retaguardia. Aquellas pobres gentes estaban, en su mayoría, en un estado lastimoso: con las ropas sucias y destrozadas, hambrientos y, sobre todo, angustiados por la sed. Les atendíamos cariñosamente, les repartimos pan y prendas de vestir, y calmamos su sed. En la retaguardia, al encontrarse muchos de ellos con familiares y amigos de los pueblos inmediatos, se desarrollaban escenas impresionantes. Se abrazaban, riendo y llorando, como enloquecidos. Era general, entre todos, este comentario:

—Nos tenían engañados. Nos decían que cuando vinierais vosotros, «los rojos», nos ibais a exterminar a todos.

Y quien más me emocionó fué un pobre viejo, que con su nietecillo en brazos iba entre los grupos de mujeres, que, pasado el susto, lloraban de alegría, de gratitud, al verse socorridas y amparadas, y les decía, con la voz quebrada de júbilo:

—¿No os decía yo que era mentira todo lo que nos contaban? Aquí tenéis la prueba. ¡Estos sí que son «los nuestros»!... Estos, que hablan como nosotros, que nos entienden, y cuando les decimos en español que tenemos hambre, lo entienden y nos dan pan. ¿Cómo iban a ser «los nuestros» aquella gente que ni entendíamos ni nos entendían, y a los que les importaba poco nuestra necesidad? Oíd a éstos: hablan como vosotros, como yo... ¡Hasta mi nietecico se puede entender con ellos!—FERNANDO ROSADO. *En la 117 Brigada.*»

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente MUNDO GRÁFICO *recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.*

La vida, el amor y la muerte de "Mata-Hari"

VIII [1]

La confesión

Dos amigas

COMO aquella primera tarde, otras muchas conversan las dos mujeres en el hotel de *Mata-Hari*. La amistad entre la bailarina y Ana Witing se hace cada día más estrecha y honda. Confesión tras confesión, las dos mujeres van contándose recíprocamente amores y recuerdos. Evocan sus infancias y sus viajes. Apenas hay detalle de sus vidas que no surja allí, al calor de la confidencia. En el espíritu de *Mata-Hari* ha hecho surco profundo el alma candorosa e ilusionada de aquella muchacha, asomada apenas a la vida, que se había acercado a la artista con un ingenuo deseo de aprender habilidades y artificios de amor.

Ana se traslada al mismo hotel de la bailarina. Se las ve juntas muchas veces, allí y en la calle. Un día, el conde de Chilly, vestido de uniforme, visita a la bailarina para agradecerle el interés y el afecto con que había acogido a su prometida. *Mata-Hari* causa una excelente impresión en el capitán. Por la tarde, cuando éste se ve con Ana, la habla así:

—¿Sabes la impresión que yo he sacado? Yo no creo que esta mujer esté comprometida en asuntos de espionaje. Es tan bonita, tan agradable, tiene tal seducción, que me cuesta mucho creer que pueda estar mezclada en esas cosas...

La comedia sigue

Algunas otras veces visita el capitán a *Mata-Hari* Esta y Ana Witing continúan siendo las inseparables. Comen juntas, juntas van a las tiendas y a los espectáculos. Hablan y hablan, infatigablemente, y Ana Witing va aprendiendo de su amiga lecciones y experiencias valiosas de amor.

Ana Witing es hábil y astuta. Gran comediante, lleva la conversación a los puntos que le interesan. Sabe fingir timideces y rubores y desconocimientos. Sabe enrojecer a tiempo y hacer temblar oportunamente una lágrima en sus ojos. Sabe el valor de una pausa, de una frase entrecortada, de una palabra que se dice sin decir...

El tiempo pasa insensiblemente para las dos mujeres, mientras se cuentan sus cosas. Muchas veces, a hora ya avanzada de la noche, Ana, sentada en el borde del lecho de *Mata-Hari*, sigue escuchando las confesiones de ésta: horas de amor en que hombres ilustres ofrendaban todo a los pies de la bailarina.

Una de esas veces en que la confesión se hace más íntima, Ana viene a preguntar hábilmente a su amiga si era cierto que ésta se hacía pagar sus favores de amor.

—Yo sé—dice—que has de comprenderme y que no te han de molestar mis palabras. Yo lo he oído decir, y aunque, desde luego, no lo creo...

«Yo soy espía...»

¿Cuál fué el proceso mental de *Mata-Hari* al ir a contestar a su amiga? ¿La seducción que ésta, ingenua, confiada y noble, ejercía sobre la bailarina? ¿El pensamiento de que mezclar el dinero al amor es rebajar y empequeñecer a éste? ¿El deseo de seguir apareciendo ante los ojos de Ana como una diosa de la pasión, con toda su bella aureola de mujer amorosa y triunfadora? Probablemente, todo ello, mezclado, hace que *Mata-Hari* no quiera mentir en esta ocasión. Prefiere decir la verdad, la terrible verdad que lleva consigo como un secreto y que casi nadie conoce.

No. Ella no vende su amor por dinero. No es con sus caricias como élla se gana la vida. Su amor está por encima de todo. A ella le pagan por ser espía.

El rostro de Ana Witing finge una viva sorpresa.

—Espía, sí... Y espía de tu país, de Alemania...

Habla *Mata-Hari* en voz muy baja, con un tembloroso acento confidencial. Ana dibuja aún en su gesto y en sus palabras una sorpresa.

—No, no es posible... ¿Me dices la verdad? ¿No es todo una invención tuya? ¿Cómo puedes hacer eso sin peligro?

Y ya por el plano inclinado de la confesión, *Mata-Hari* cuenta algunos detalles de su vida de espía.

—Sólo hay dos personas que saben lo que yo soy: aquellos a quienes comunico las noticias que han de llegar hasta Alemania. Oculto mi verdadera personalidad con una cifra convenida. Soy la espía *H-21*.

Rumbo a Madrid

A la mañana siguiente, Ana Witing penetra en el despacho del capitán La Doux.

—Mi capitán: he cumplido su encargo. Sé ya quién es el agente *H-21*.

Mientras Ana habla con el jefe del espionaje, *Mata-Hari* está ya en el expreso, camino de Madrid. Y así, cuando unos agentes del Servicio de Contraespionaje van a buscarla, a consecuencia de la revelación de Ana, sólo pueden averiguar que se ha marchado; pero nadie puede asegurar hacia dónde.

A mediodía, el capitán La Doux recibe en su despacho una carta en la que se le dice que *Mata-Hari*, por haberse cumplido las seis semanas del plazo, se había trasladado al terreno ocupado en Bélgica por los alemanes, para entregar las cinco cartas que se le habían encomendado.

Y al día siguiente La Doux recibe un telegrama de los agentes franceses que residen en España. Le comunican que *Mata-Hari* ha llegado a Madrid.

(Dibujo de Bayo)

(Continuará en el próximo número.)

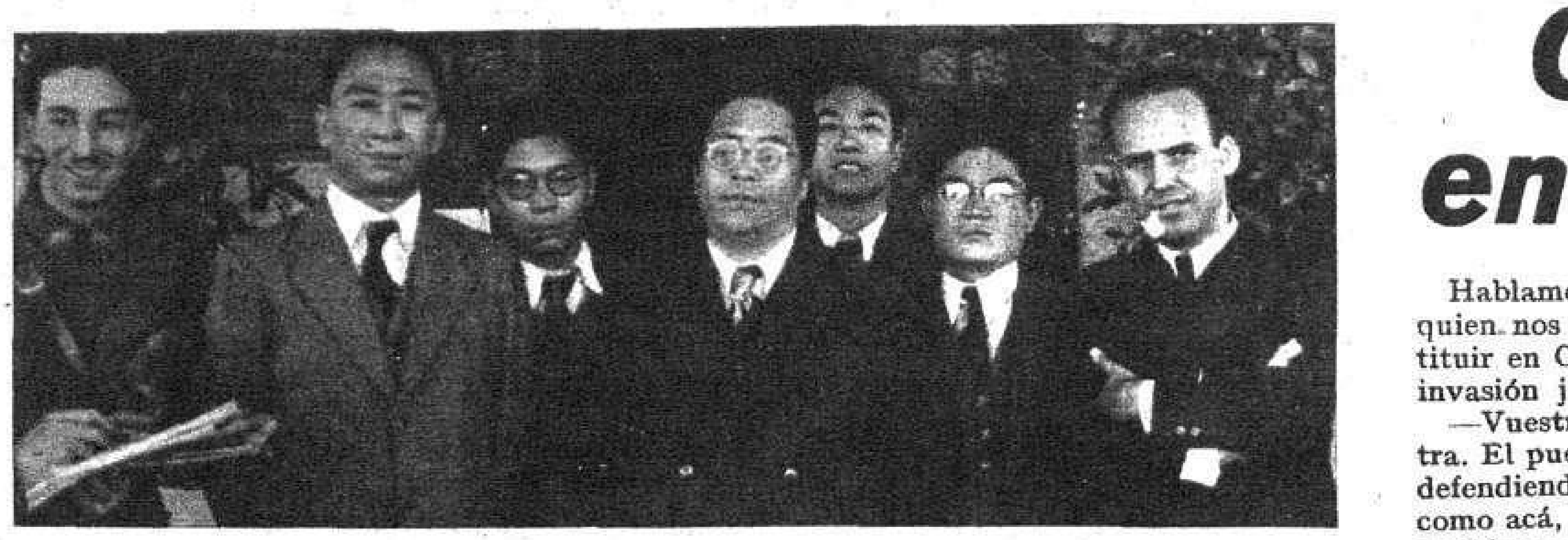
(1) Véanse los capítulos anteriores en los números de MUNDO GRAFICO correspondientes a los días 8, 15, 22, 29 de Septiembre; 6, 13 y 20 de Octubre.

VALENCIA

A la España republicana llegó una Delegación china a estudiar la lucha que sostiene nuestra patria contra el fascismo.

Aprovechando su paso por Valencia, se han celebrado varios actos en honor de la Delegación china y de un grupo de estudiantes chinos que se hallaban estudiando en diferentes países de Europa, y que marchan a su país para luchar por la independencia de su patria. Los estudiantes valencianos han agasajado como merecían a los estudiantes chinos. Y celebraron un brillante acto, en el que tomaron parte: el comisario general de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, Muñoz Suay; el rector de la Universidad y decano de la Facultad de Medicina, doctor Puche; el escritor Corpus Barga; André Víctor, representando al «Rassemblement Mondial des Etudiants»; Vidal, por la J. S. U.; el general Yang-Hu-Cheng, y el estudiante chino Cheng.

En este acto, como en los anteriores, quedó bien patente el sentimiento y el entusiasmo de la España republicana hacia aquel país que, como éste, lucha por la independencia y por la libertad del pueblo. Pero este acto tenía mayor entusiasmo, porque había sido organizado por los estudiantes españoles en homenaje a los estudiantes chinos. Y allí quedó identificada y patente la solidaridad de las juventudes de los dos países. Toda la juventud está con China y con España, que están dando, con su conducta heroica, un ejemplo al mundo entero.



El general chino Yang-Hu-Cheng, con algunos miembros de la Delegación china, en Valencia

(Fots. Vidal Corella)

Los estudiantes chinos que han pasado por España antes de marchar a incorporarse al ejército de su país ↓

Chinos en España

Hablamos con el general Yang-Hu-Cheng, quien nos señaló cómo se ha logrado constituir en China el Frente Popular contra la invasión japonesa.

—Vuestra guerra es la misma que la nuestra. El pueblo chino, como el español, lucha defendiendo la libertad de su patria. Allá, como acá, la guerra es cruenta, y la batalla, decisiva; pero, al fin, triunfaremos. La victoria de China será la victoria de España, y, al igual, la victoria en España será el triunfo en China.

La Delegación ha estudiado, antes de partir otra vez a su país, la organización del Ejército español surgido del pueblo y formado al compás de la lucha. Toda esa obra gigantesca creada tan maravillosamente, con una rapidez formidable, ha impresionado tanto a nuestros visitantes, que marchan otra vez a su patria con el ánimo fuerte y el alma robustecida por el alborear de la victoria.

—Vamos cara a la victoria, porque nuestra es la verdad y la justicia. Nosotros, como vosotros, triunfaremos, porque tenemos la razón y el derecho. Y contra esto no se puede ir. Nuestro pueblo es fuerte y sabrá resistir. Hoy, China tiene también su Madrid heroico, capital del antifascismo en Oriente, que es Shanghai. Y, como Madrid, señala el triunfo de un pueblo que quiere ser libre y vivir cara al sol.

FAUSTO LAMATA

LA GUERRA

Ayer y hoy de MADRID con un intermedio

Ayer

El viajero internacional—zapato cómodo, traje amplio, *baedeker* y prismáticos en bandolera—, al salir de Barajas, antes del 18 de Julio, tenía siempre para la avidez de sus ojos, hechos a la contemplación de los paisajes más diversos, una tentación ocular de Madrid crucificado en el aspa de dos épocas. De un lado, esa visión cuajada en páginas costumbristas, hechas con las viejas edificaciones erizadas de buhardillas con patios amplios para el grito plural de los niños, y una caries obscura de verdín y de abandono en los largos dientes simétricos de los tejados. Y de otra, las amplias perspectivas de la nueva ciudad abriéndose caminos de rectas asfaltadas a fuerza de empujar a la vieja urbe con los puños fuertes de las amplias aceras nuevas. Era la ciudad que por la noche ponía un pespunte de fronteras de tiempo entre los barrios con luz mortecina de faroles y la zona en que el alumbrado municipal languidecía, incapaz de la competencia ante la rúbrica coloreada y nerviosa de los anuncios de *neom* y la pechera bruñida y gritadora de los escaparates ostentosos de las tiendas lujosas.

El viajero internacional—archivador de impresiones, mano rápida para el apunte del gesto inédito que puede dormirse en limbos de olvido en el saco sin fondo de la memoria—tenía bajo sus pies, encaramados en la altura, la visión de una maqueta ciudadana que poco a poco adquiría perfil definitivo y vago de gran ciudad europea: el medallón de la Cibeles clavado en el pecho de asfalto de la plaza amplia; el trazo verde de los bulevares; la gracia velazqueña del paisaje abrazando a Madrid por la cintura ensortijada de puentes con historia y el cinturón de un río cansino con menos agua que epigramas.

Así era el Madrid anterior al 18 de Julio. Pero esa fecha empezó a cambiarle la fisonomía, hasta rubricarla con perfiles insospechados. El viajero internacional—ojos ávidos asomados a la ventana del mundo—no coincidiría ahora con el hombre de zapatos cómodos y prismáticos en bandolera, que se llevó una fotografía a vista de pájaro, grabada con trazos de observación en el objetivo claro de los ojos escrutadores.

Intermedio

Primero se fueron para siempre, hacia el revés del cielo, las rúbricas de color de los anuncios luminosos que vertían su sangre artificial sobre la piel bruñida de las aceras, con brillos temblorosos. Luego, los edificios comerciales de las calles céntricas se sacaron por la cabeza la pechera almidonada de los escaparates ostentosos con exhibicionismo de objetos caros y de etiquetas brillantes con la unidad seguida de no importa cuántos ceros. Más tarde se apagó definitivamente la ciudad, a la que sólo le quedó alguna que otra colilla de luz apurando sus últimas lumbres en los balcones altos con dueños descuidados. La noche de Madrid se vistió con paños negros espesos, mientras unos ojos con proyecciones de miradas aéreas, convertidas en estrella brillante, barrían el cielo con escobas lechosas para sorprender el guiño solapado de la traición, que hacía desde sus aviones una siembra violenta de plomo sobre el surco obscuro que abrían las calles.

Por el día cosían las calzadas, con síncopa de tranvías y de coches voluntariamente paralizados, un cordón de trabajadores con el fusil al hombro, camino de la Sierra. Algunos habían convertido el cañón en búcaro de acero, donde languidecía una flor. Para que los viajeros excepcionales del aire asomaran sus ojos a los balcones de las carlingas de aluminio y vieran cómo el pueblo sabía luchar y morir con una flor blanca y roja de sonrisa y otra flor de alegría junto al punto de mira de los fusiles.

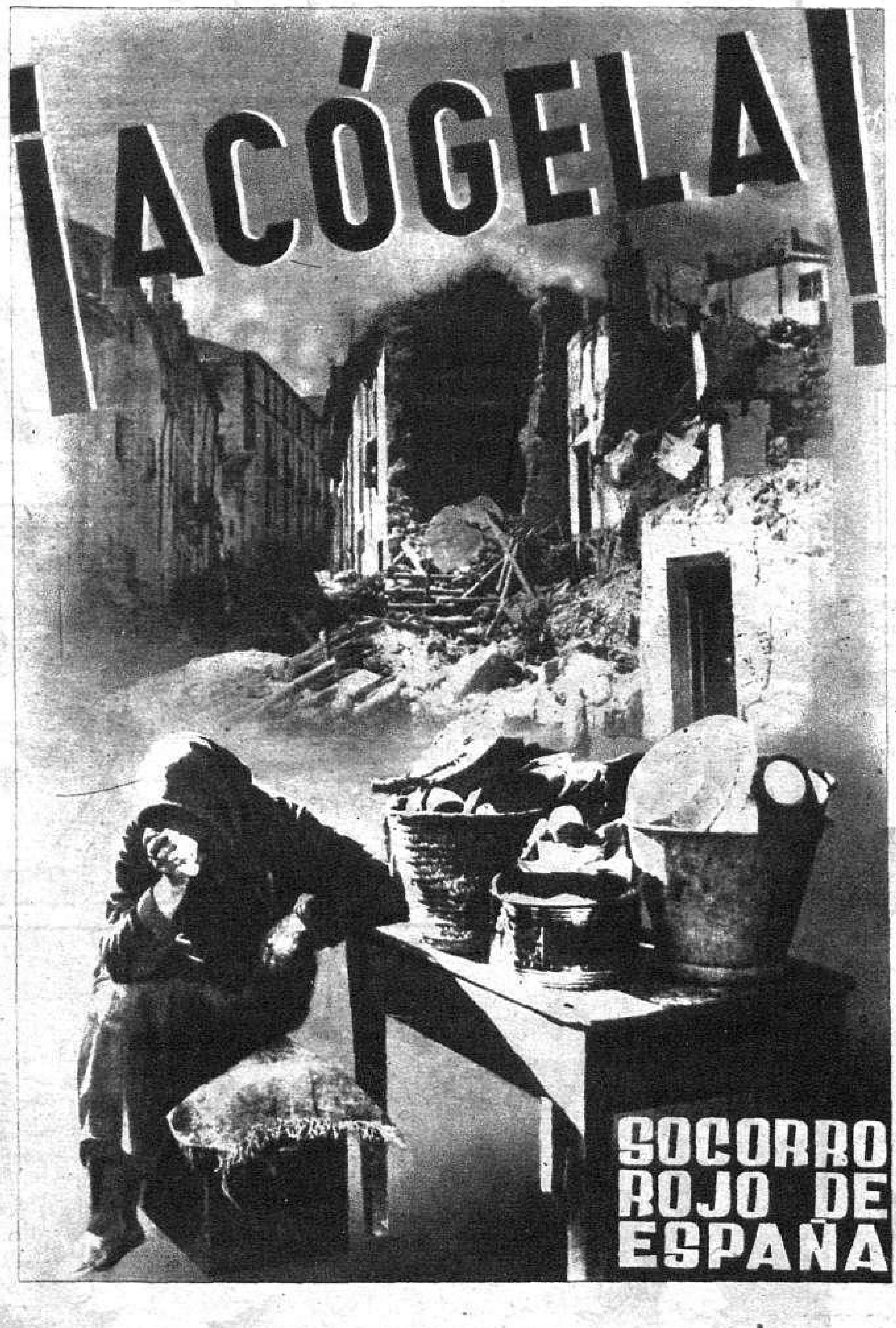
Hoy

Los meses con lluvia normal de hojas de calendario y de obuses del fascismo internacional acabaron de esculpir la fisonomía de ahora. El hombre de pueblo que no conocía Madrid, cuando llega por estos días pone un gesto bobalicón cuando va a buscar los lugares que ya conocía, a fuerza de oír cómo los describían en su pueblo, porque no encuentra lo que busca. Los sacos terreros han hecho la revolución sobre los números con llamadas de atención sobre los lugares más importantes de Madrid. Y se han tendido como falderillos a los pies de las casas necesitadas de defensa. Unas veces, con abigarramiento eficaz. Otras, con mejor deseo de medicina que de curación. Por ejemplo: esa tienda de la Gran Vía, con un parapeto enano y unas tablas frágiles, en las que una mano publicitaria señala el punto de entrada. Cuando caiga allí un obús, los sacos terreros se abrirán en mil ojos de colador para presenciar cómo la mano cae al suelo, mutilada por la metralla, que no encontrará allí fronteras de resistencia.

Antonio OTERO SECO

Un busto de Stalin

La acción del Socorro Rojo Internacional



Arriba: El joven y excelente escultor Clemente Caramazana, miliciano de la Cultura, trabajando en el busto de Stalin, que también reproducimos, y que aquel artista ha ofrecido al Grupo «Primitivo González», del S. R. I., para su envío a Rusia, entre los regalos que serán ofrecidos a este pueblo con motivo del XX Aniversario de su Revolución

(Fots. Videa)

Patética emoción la de este nuevo y magnífico cartel que el Socorro Rojo Internacional, continuando su obra de solidaridad, está imprimiendo como propaganda para la ayuda a los refugiados de la guerra

(Fot. España)

Antorcha para el horizonte, fuego para el crisol

La literatura y la guerra

El Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad ha declarado abierto un importante concurso literario. Se establece un premio de diez mil pesetas y *accésit* de cinco mil para cada uno de estos temas genéricos: guión para el argumento de un film que trate sobre nuestra lucha; novela basada en realidades de nuestra guerra de independencia; novela sobre los aspectos de la vida campesina antes y después del movimiento subversivo; obra de teatro sobre motivos de nuestra lucha.

Un premio de seis mil pesetas y un *accésit* de tres mil para cada una de las dos obras que mejor respondan a estos temas: reportajes y narraciones sobre momentos vividos en el período de nuestra lucha; colección de cuentos infantiles sobre motivos y figuras actuales; poemas de guerra.

Estas disposiciones oficiales tienden a impulsar todas las manifestaciones artísticas y, especialmente, las literarias, de las que más de una vez hemos registrado que se hallaban en falta o, por mejor decir, en disonancia con el ritmo nuevo y fervoroso que una guerra como la nuestra ha de imprimir a todas las actividades de un pueblo.

El decreto ministerial va certero a los objetivos literarios más en descubierto: el cinematógrafo, cuya extraordinaria riqueza expresiva y plástica sería intrascendente sin la enjundia humana y el matiz didáctico inherentes a toda inspiración artística; la novela, el más vasto, libre y denso escenario de la representación humana en el arte; el Teatro, cuyo sintetismo dinámico ejerce tan poderosa influencia en las multitudes.

Justo es decir, con respecto a las artes plásticas, que si no han dejado de merecer justa atención en las esferas oficiales, tampoco han necesitado de estímulos honoríficos y lucrativos para apresurarse a cumplir una magnífica misión digna de nuestra lucha.

Pintores, escultores, dibujantes, dieron desde los primeros momentos lecciones de fecundo civismo. El cartel ha sido y es un arma de combate de eficacia indiscutible. El arte se supo, como el pueblo y con el pueblo, lanzar bravamente a la calle, gritar en las esquinas, presidir las barricadas, decorar los parapetos, poner su exultante policromía en las trincheras. El cartel ha sido bandera de ideales y banderín de enganche, vocero de heroicas consignas y estrofa tácita dedicada a cantar la gesta y la gloria del pueblo.

Y con el dibujante, el periodista, cuya obra tenaz y fecunda, de propaganda y de estímulo, no nos corresponde a nosotros encomiar.

El cinematógrafo, la novela y el Teatro—forzoso es repetirlo—no han estado al nivel de las circunstancias. La convocatoria del Ministerio de Instrucción Pública tiende a estimular esas artes a las que, precisamente por su superior categoría estética, corresponde más amplia responsabilidad.

Nuestra guerra tiene una significación de lucha de independencia; pero no hay que olvidar que tiene también un profundo sentido democrático y revolucionario. Revolución que, en la más amplia acepción del concepto, es aceleramiento del proceso de la evolución humana.

Se alumbran rápidamente por eso en toda revolución nuevos valores, concepciones originales que no necesitaron el lento aval de la experiencia, matices inéditos, nuevas formas y, acaso, nuevos conceptos de la vida. ¿Y por qué no un arte nuevo? El arte, en una guerra que entraña una revolución, no puede tener por expresión las formas de un arte ya caduco, gastado, que iba andando premiosamente, como un inválido apoyado en las muletas de la rutina.

A nuevos horizontes, arte nuevo. El cinematógrafo español de la guerra no puede tener ni el más remoto parentesco con el cine tímido, zarzuelero y de «españolada», manjar fácil que nuestras productoras de antes de la guerra servían con viejas recetas; la novela española, cuyo alumbramiento se estimulaba con el concurso oficial, debe tener no sólo un hondo significado racial, sino un amplio sentido universal; la obra de teatro a que se aspira, sin dejar de tener el ambiente tenso de estas horas dramáticas de España, ha de poseer un aura pasional, una enjundia ideológica que nada tenga de semejante con la pacatería localista, doméstica y seudosentimental que los autores hasta ahora en uso servían como postre a las cenas de una pequeña burguesía desdeñosa.

Llega a tiempo, y llega bien, la convocatoria. Entraña, además, un gesto de noble heroísmo cívico. Pensar en estímulos de arte cuando ruge la metralla, significa una superación espiritual. Sobre los dolores de la guerra, la noble preocupación de salvar los valores de la inteligencia. No importa que transitoriamente truenen los cañones si el pensamiento y el arte no dejan de cantar. Su verbo es, por eterno, más fecundo.

Esperemos una enérgica reacción de nuestros hombres de letras. Confiemos en que sabrán hacer las obras dignas de las horas que vivimos. No se amparen en la excusa—refugio banal de impotencia—de la falta de perspectivas serenas, de que «los árboles no dejan ver el bosque».

Cierto que el bosque está en llamas. Pero es antorcha para alumbrar nuevos horizontes y fuego para el crisol donde se está fundiendo una nueva España.

ALVARO REAL

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 **CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS**

TAQUIGRAFIA, por Martín Eztala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección diríjase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

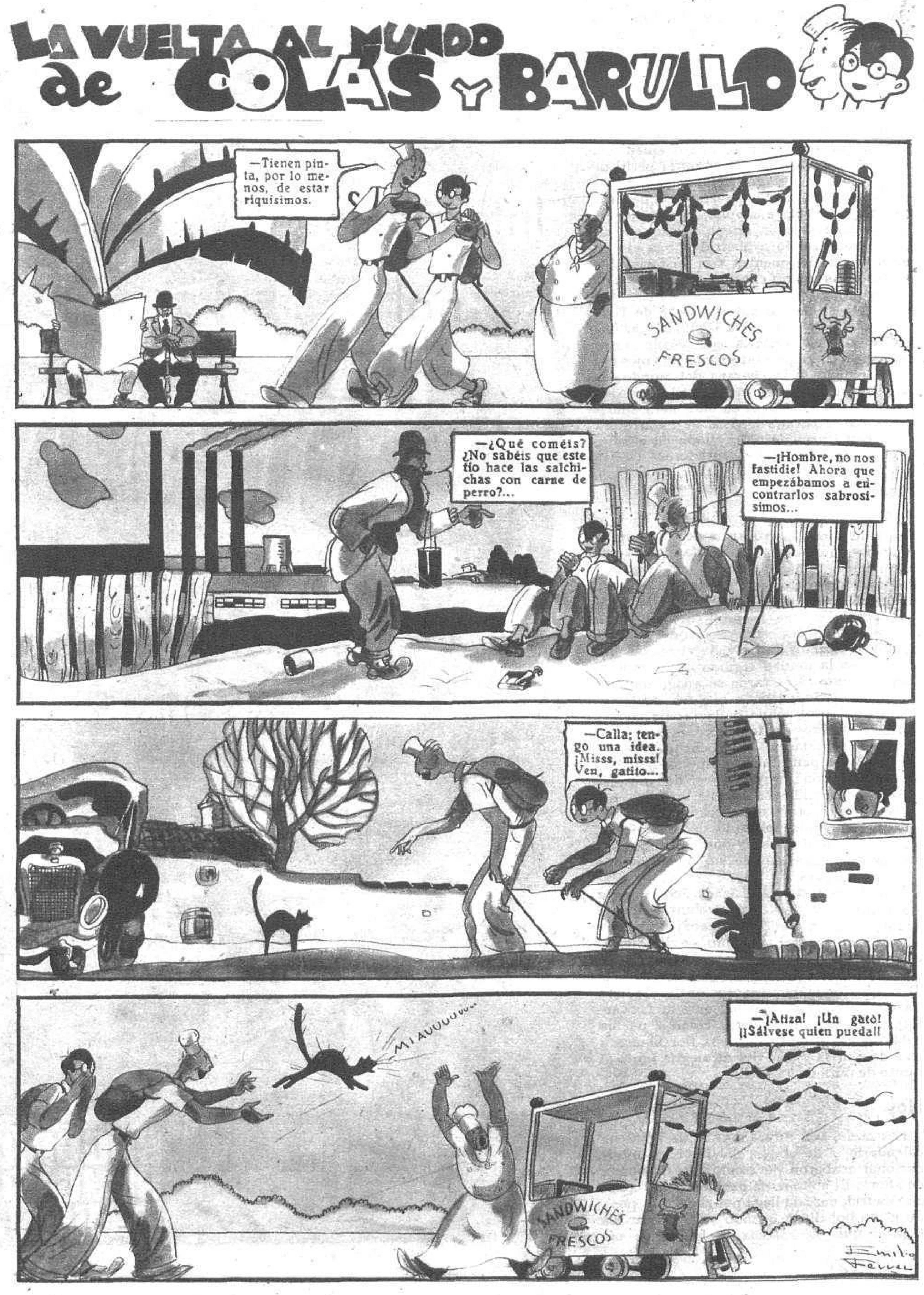
PARA ADELGAZAR

SABELIN

Composición de hierbas medicinales. No deja señales de la OBESIDAD, conservando las carnes fuertes y sin arrugas. NUNCA PERJUDICA. ¿Quiere convencerse? Pruebe tan sólo una caja o pida folleto a **Laboratorio Sokatarg, Ter, 16, Barcelona.** Agente en Cuba: J. Carlos Guasch, Apartado 825, Habana.

VENTA EN PRINCIPALES FARMACIAS

Depósitos en Madrid: Durán: Tetuán, 9.—J. Martín: Alcalá, 2.—F. Casas: Mayor, 6.—Riesgo: Mayor, 7.—Gayoso: Arenal, 2.



TEATRO POPULAR
(ANTES FONTALBA)
Todos los días, el éxito de los éxitos. La gran revista frívola
QUE ME LA TRAIGAN
Exito de risa
Lujosa presentación
Magnífico conjunto
Excelente partitura
Supervedette
Isabelita Nájera
CAPITOL
2.ª semana del grandioso éxito de la formidable película de WILLY FORSTS
Las pícaras mujeres
con Jenny Jugo y Renate Müller
SALAMANCA
Exito grandioso de la espectacular opereta
Esto es música
con Jack Hylton y sus "boys"
RIALTO
16.ª SEMANA de extraordinario éxito
ANGELILLO
Centinela, alerta
PALACIO de la MUSICA
2.ª SEMANA de la grandiosa producción
ROSAS NEGRAS
o
UN GRITO DE LIBERTAD
(El movimiento libertario de Polonia)
por Lilian Harvey
BILBAO
Gran éxito
UNA NOCHE EN LA OPERA
Por los hermanos MARX
espectáculos
MADRID-PARÍS
Grandioso éxito de la deliciosa comedieta para reír
El joven conde
por
Anny Ondra
AVENIDA
4.ª SEMANA de la gran película española
La Reina Mora
La gran obra musical del maestro SERRANO

El ministro de Instrucción Pública y Sanidad, Jesús Hernández, durante su visita a la Casa Central de Maternidad

MIENTRAS SE LUCHA EN LOS FRENTES

POR LOS NIÑOS DE ESPAÑA

La guerra, sí. La guerra, hecha de crueldades, de imágenes patéticas, de heroísmos sangrientos. Pero, al mismo tiempo, parelelamente a esa lucha de los campos de batalla, una obra generosa y fervorosa de siembra en las ciudades y los pueblos de la retaguardia. Mientras se atiende a nuestra España de hoy, en el trance más trágico de su historia, se piensa en la futura España, forjada—dramática, pero ilusionadamente—en el sacrificio y en el dolor. En esa doble labor es como si se estuviera mirando, al mismo tiempo, el espectáculo cierto de hoy y el espectáculo ideal de mañana. La guerra, sí. El campo de batalla. Pero, a la vez, la escuela, la guardería, el dispensario: los lugares en que han de irse forjando nuestros hijos. Cerca, lejos, el cañón. Y paralelamente a su ritmo bronco, el ritmo claro de las voces de los chiquillos.

En esta azul mañana de Octubre madrileño, esa labor de siembra ha tenido una de sus expresiones constantes y múltiples: el ministro de Instrucción Pública y Sanidad ha inaugurado el nuevo local de la Escuela de Puericultura, un comedor para madres lactantes y un Dispensario de Higiene Infantil. Sobre las tres instituciones se proyecta el mismo pensamiento de preocupación por el niño.

La Escuela de Puericultura estaba antes, como es sabido, en el paseo de Rosales. La guerra la echó de allí. Casi bajo las bombas hubo que ir sacando muebles, libros, instrumental. Ahora, la Escuela ha quedado instalada en un nuevo y admirable local, que el ministro, con el subsecretario, doctor Planelles; con el delegado ministerial en Madrid, doctor Moré; con los delegados de la Ayuda Sanitaria Internacional, inaugura y visita complacidamente.

Después, en la Casa de Maternidad, es la inauguración de un comedor para madres lactantes, instalado con el apoyo de la Ayuda Suiza a España. Y, finalmente, en la Ciudad Lineal, la inauguración de un Dispensario de Higiene Infantil para los chiquillos de Canillas, Canillejas y Vicálvaro.

Von Fischer, un médico suizo de la Ayuda Sanitaria Internacional, tiene palabras de elogio para esta preocupación por el niño, paralela a la gran preocupación inmediata de la guerra. Recuerda lo hecho en este sentido por Rusia.

—Sí...—responde Jesús Hernández, el ministro de Instrucción y Sanidad—. Más haríamos... Más haremos... Yo estuve allí, en Rusia, trece meses, viendo cuanto había en instituciones de esta clase. De allí nos llega, en este sentido, el gran ejemplo.

Entre las madres y los chiquillos que van a beneficiarse de este Dispensario, la llegada de las personalidades oficiales que se disponen a inaugurarlo es acogida jubilosamente. Saben que al día siguiente aquel local—amplio, luminoso—estará en marcha. Sienten que hay voluntades que trabajan por la vida nueva de los niños de España. Que a la vez que la guerra sigue, hay un fervor ilusionado hacia estos «chavales»—siembra y esperanza—, que juegan, ríen y estudian mientras sus padres combaten.

Algunos de los chiquillos evacuados que están ya recibiendo asistencia en el nuevo Dispensario de Higiene Infantil, inaugurado oficialmente hace unos días (Fots. Videa)

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid